

Más allá del cuerpo

Ensayos en torno a la corporalidad

FRANCISCO GONZÁLEZ CRUSSI



6. Recuerdo de un nacimiento

La memoria es a la vejez como la presbicia al sentido de la vista. El présbita no puede ver claramente los objetos colocados a una distancia de trabajo normal, pero en cambio percibe claramente las cosas muy distantes. De igual manera, los viejos recuerdan con exquisito detalle lo que les pasó hace 50 o 60 años, y no se acuerdan de lo que se desayunaron esta mañana. Es curioso que tanto la presbicia como la memoria distante aparezcan con la edad, como si la naturaleza hubiera ordenado que los ojos del cuerpo y los de la mente debieran cambiar simultáneamente. Por eso en mis años tardíos recuerdo muy claramente algo que acaeció hace mucho tiempo.

Me veo como un inmigrante recién llegado a Estados Unidos, trabajando como médico interno en un hospital del suroeste de ese país. La prolongada falta de sueño me tiene amodorrado, pues son los tiempos en que el internado médico se considera como una ruda ceremonia ritual, una prueba iniciática de resistencia. Se espera que los internos soportemos un horario brutal, que incluye estar de guardia 24 horas tres veces por semana, y que aceptemos toda clase de crisis —así como abusos y reprensiones humillantes— con imperturbable compostura. ¡Qué tiempos tan extraños! Parecería que el sistema estuviera basado en la poco piadosa premisa de que los oprimidos de hoy serán los opresores de mañana. Triste reflexión: cada pena encuentra su lenitivo en el poco cristiano pensamiento que nuestros sucesores sufrirán las mismas vejaciones que nosotros, sólo que esta vez a nuestras manos.

Una profunda inseguridad explica el negativismo de mis pensamientos en esos días. Me cohibe mi defectuoso conocimiento del inglés y me apena el sentir grandes lagunas en mi conocimiento y experiencia en la medicina. Me han asignado a una rotación en el servicio de obstetricia y un llamado telefónico a las dos de la mañana requiere mi presencia en la sala de partos: hay una mujer en trabajo.

Recuerdo mi sorpresa al ver por primera vez a la paciente. Tiene

por nombre Marisela: una joven mexicanoamericana pobre, ignorante, que llega sin haber recibido atención médica prenatal y está por convertirse en una más de las muchas madres solteras en su desahuciada comunidad. Es presa del miedo, cumple sumisamente todas las indicaciones que se le dan: “póngase esta bata”, “extienda el brazo, para una inyección”, “muévase a este lado de la cama”, etcétera. Se encuentra aquí en total estado de dependencia y por tanto de inferioridad. Está en manos de quienes la superan, la dominan y le dan órdenes. Pero aun en ese estado de humilde sumisión, no deja de tener una singular gracia. Maupassant dice de uno de sus personajes femeninos que “el destino había cometido un error con ella”. Esto se aplica a Marisela. Su esbelto cuerpo adolescente es graciosamente delicado; su piel, de blancura alabastriana y translúcida, permite ver los trazos azulosos de la venas. Pero son sus manos, sobre todo, de la más elegante factura. Se dice que Murillo podía encontrar en el sur de España, como modelos para pintar sus vírgenes, a mujeres que conservaban mucha sangre africana en sus venas y con manos de una incomparable finura.

El hecho de poder comunicarme con ella en español aminora la sensación de alienación que debe sentir en este momento. Percibimos a nuestro igual, en cierto modo, como un “doble” de nosotros mismos. Pero una situación de desigualdad siempre hace resaltar la idea de “el otro”. Y el superior, el mandamás, el jefe, encarna la alteridad en su forma más aguda; es, como dijo un pensador, “el más ‘otro’ de todos los otros”. Creo que compartir el idioma con ella debe haber contribuido a atenuar el lacerante sentido de alteridad que sentía, magnificado por la obvia inferioridad de su situación.

Estuvo sola durante toda la gestación. No hubo un joven esposo que le sonriera afectuosamente, y hasta podríamos decir “paternalmente”, a cada recordatorio de que un bebé pronto estaría ahí llorando, alimentándose, sonriendo y, en una palabra, viviendo a su lado. Y ahora que la enorme ola del parto se aproxima raudamente, haciéndose cada vez más grande y amenazando con englobarla y anegarla, sigue estando sola: nadie hay a su vera para decirle palabras de ternura y consuelo. Tal vez por eso las nimias exhortaciones que le hago en su propio idioma con ánimo de calmarla las recibe con una mirada de profunda gratitud: “¡Tranqui-

la!" "No te preocupes, todo saldrá bien. La virgen nos ampara." Sí, así fue. Que me perdonen los poderes celestiales por haberle asegurado que estaba seguro de contar con la milagrosa intercesión de la Madre de Dios, cuando no tenía yo ni el poder de invocarla, ni ciertamente las cualidades para merecerla.

Éste es su primer hijo. Llega totalmente impreparada y así tiene que entablar la lucha milenaria, el combate cuerpo a cuerpo que se ha venido repitiendo por millones de años. Demacrada, sudorosa, despeinada, se retuerce en la cama y gime con dolor. Es una lucha; los griegos decían *agon*, raíz que aún reconocemos en la palabra *agonía*. Parece como que, a medida que surge la nueva vida, ella desciende en el hoyo de la muerte. Esta yuxtaposición de vida y muerte propia del parto fue muy obvia en épocas pasadas, afortunadamente ya superadas, cuando era altísima la mortalidad materno-infantil. Rara vez la capturaron los artistas con la dramática intensidad del pintor Francesco Furini en su obra *El parto de Raquel* (figura 6.1, p. 60). En general, los artistas plásticos prefirieron apartarse del drama del nacimiento de un ser humano.

Cuenta Erasmo de Rotterdam que un viajero, intrigado por la agitación de gente que se congregaba frente a una casa, preguntó qué pasaba y le dijeron que, en ese momento, dentro de esa casa, estaban cortando a una mujer en dos. "¡Cielos! —exclamó el viajero—, qué fue lo que hizo para merecer un castigo tan atroz?" El chistoso le explicó que una mujer estaba dando a luz. Verdaderamente, el dar a luz es una escisión, una lacerante separación. No es sólo un juego de palabras decir que la mujer es dividida en dos: una parte de ella —"sangre de su sangre y carne de su carne"— está siendo separada de su cuerpo.

Sea como fuere, usualmente recibimos un nacimiento con gozoso entusiasmo. Queremos creer que los recién llegados vienen a crear un mundo mejor sobre las cenizas de sus padres. Pero en esta ocasión el suceso no me impresiona como digno de celebrarse. Marisela acaba de parir un infante que tiene dificultad para respirar. Todavía veo, con los ojos de la mente, ese endeble y lastimoso neonato: tambaleándose entre la vida y la muerte, exhausto, flácido, todavía cubierto por el sebo propio de la piel fetal, rojo de sangre materna y manchado de meconio, que es el nombre técnico del excremento fetal.

En esos días, un recién nacido prematuro con dificultad respiratoria tenía pocas probabilidades de sobrevivir. Sentí que ese niño había hecho mal en dejar el resguardo materno. ¿Para qué salir del cálido refugio protector a un mundo “henchido de odio”, como lo llama Keats en un poema,[†] donde “todo rostro mira amenazante y por doquier el viento aúlla”? Esa difícil situación me obligó a preguntarme si la antigua frase, “*Optimum non nasci*” [Lo mejor es no nacer], no fuese algo más que una figura retórica. Porque la muerte, que es la Suprema Negadora, le dice “¡No!” a la vida, pero también a sus miserias: no a nuestra continuación, pero también a nuestra maldad, y no al futuro, pero también al odio, a la bestialidad, al salvajismo y la crueldad.

Apenas acababa esa joven de sentir el tibio y húmedo bracito de su hijo contra la parte interna del muslo, cuando se llevaron al infante a la sala de cuidados intensivos para recién nacidos. Hicimos lo que pudimos para calmar su ansiedad, pero interiormente sentíamos gran escepticismo. Ese pobre niño tenía muy pocas probabilidades de sobrevivida.

En las semanas y meses que siguieron me tocó ser transferido a otro servicio del hospital, pero persistieron en mi mente las imágenes y las ideas aflitivas generadas por lo que había visto en el departamento de obstetricia. Seguí pensando en aquel endeble neonato. Desprovisto de guía inteligente, entre la pobreza y la ignorancia, mal alimentado y defectuosamente alojado, ¿qué suerte le esperaba? No importa lo que digan los políticos con sus lugares comunes y su diaria hipocresía: la competencia en la sociedad no es justa ni equitativa. El juego está dolosamente “arreglado” desde el principio para favorecer a unos y hacer perder a otros. Pero meses después vi algo que disipó todas mis ideas morbosas y pesimistas. Marisela y su pequeño hijo —¡el esmirriado inocente se había salvado, después de todo!— habían venido a la consulta externa de pediatría.

Llega a suceder, si bien rara vez, que una simple visión ahuyenta de golpe las ideas enfermizas que nos atormentan. Tal es el poder de la vista. Apenas un atisbo fugaz hizo más para corregir mi

[†] W. B. Yeats, *A Prayer for my Daughter*, disponible en poets.org/poem/prayer-my-daughter.

decaimiento que lo que podían haber hecho detenidos razonamientos. Lo que vi fue una madre radiante y un hijo abrazado a ella, arrellanado contra su pecho y expresando esa dicha inefable de quien se entrega totalmente, con fe absoluta, a un poder superior y benigno. Fue, sin duda, la vislumbre del amor. El amor en su variedad maternal, que es una de sus formas más nobles. Su carácter sublime y su serenidad imperturbable han sido temas favoritos de los grandes maestros del arte pictórico, y está bien que sea así. Sólo que, cuando abordan este tema, sienten que para representar esta emoción humana es necesario recurrir a personajes celestiales, como la virgen María y su divino hijo (figura 6.2, p. 61).

El mensaje fue tan simple como la imagen que lo encarnaba. Decía que al “¡No!” absoluto de la muerte, el amor contesta invariablemente con un retumbante “¡Sí!” Porque a la negación final de la muerte, el amor responde que nada está totalmente terminado jamás; que lo que parecía ser el fin del viaje, la línea de llegada, no es sino un nuevo punto de partida, y que lo que llamamos muerte es en realidad un renacer. El amor es, después de todo, la energía dinámica que asegura la persistencia de nuestra naturaleza mortal, si no en el individuo, ciertamente en la especie. Porque el amor es, según lo enseñó Diotima en el *Simposio* de Platón, un “deseo de inmortalidad”.